

PENSAMIENTO ÚNICO Y ALDEA GLOBAL

Por LUIS NÚÑEZ LADEVÉZE

Director del Departamento de Periodismo
Universidad San Pablo-CEU

Me siento muy honrado de estar aquí en este Tercer Congreso y un poco agobiado por el tema que hemos de tratar del pensamiento único y la aldea global.

Antonio Fontán, en la presentación que ha hecho del tema, tiene razón al decir que es asunto difícil de afrontar. Una primera dificultad puede surgir de que las expresiones «pensamiento único» y «aldea global» parece que tienen un punto de encuentro, porque lo «global» reúne a lo diverso bajo un aspecto «unitario», y lo «único» es la unión de lo diverso, lo «engloba» en su unidad. Las expresiones pueden entenderse en parte como sinónimos ya que podríamos decir «pensamiento global» en lugar de «pensamiento único» y «aldea única» en lugar de «aldea global». Así pues, podría interpretarse que son expresiones equivalentes, pero también pueden señalarse aspectos en que son o pueden ser divergentes. En señalar los aspectos en que coinciden y en que se distinguen radica la primera y acaso principal dificultad.

Una segunda dificultad radica en considerar que es posible que, en realidad, estemos hablando por hablar, que hay tanta pluralidad de pensamientos en el mundo que resulta tosco decir que hay un pensamiento único y una aldea global. Esta consideración es tan obvia que nos incita a pensar que lo que se critica cuando se habla de la «globalización» y del «pensamiento único» nos referimos a algo muy concreto.

Y entramos en la tercera dificultad, que es la de delimitar el tema concreto y ver en qué coinciden y en qué se distinguen globalización y pensamiento único. Vamos al asunto.

Cuando se dice que hay un pensamiento único en la aldea global, quienes lo dicen lo hacen para alertar de que hay quienes están interesados en eliminar la pluralidad de pensamientos para imponer un solo modo de concebir la relación entre acción eco-

nómica y progreso social. En efecto, hay quienes interpretan que se está imponiendo un solo modo de pensar esa relación entre economía y desarrollo. Su propósito es alertar contra quienes afirman que no hay productividad y eficacia fuera del mercado global, o que la organización más adecuada y segura para garantizar la productividad y el desarrollo económicos del mundo es fomentar la expansión del mercado para que se convierta en institución social predominante. Es decir, quienes se oponen a esa expansión del mercado utilizan la expresión «pensamiento único» para advertirnos contra una amenaza. Tratan de avisarnos de que el mercado libre es un peligro para el progreso económico porque, a su juicio, hay otras posibilidades más eficaces, productivas y justas que la de supeditarse a un mercado único o global. A su juicio, pues, quienes patrocinan que el libre proceso del mercado es lo que más beneficia al progreso y a la producción proponen un pensamiento único porque esa concepción es la que a ellos interesa difundir. Tal mercado único sirve, en suma, al interés de quienes se lucran de esa unificación. Y quienes se lucran son las multinacionales más poderosas. De este modo, defender la globalización es equivalente a limitarse a un pensamiento único que beneficia a unos pocos poderosos y perjudica a la mayoría de los débiles.

La consideración de esta dificultad obliga a aclarar el lenguaje, a delimitar con claridad aquello de que se habla. Así pues, ¿de qué se habla cuando se advierte sobre los peligros de la supremacía del pensamiento único y de la globalización?

El profesor Llano dijo en su tan interesante disertación de esta mañana que el movimiento de mayo del 68 tenía una gran importancia desde su punto de vista. Yo me voy a permitir no disentir, pero sí puntualizar. La importancia de la rebelión estudiantil del 68 es anecdótica si se compara con otros dos acontecimientos que se han producido a finales del siglo XX que realmente tienen una dimensión histórica, cuyas consecuencias todavía no estamos, aún, en condiciones de asumir plenamente y sobre los cuales la reflexión todavía no ha llegado a decir no ya la última palabra, sino ni siquiera la segunda palabra.

Esos dos acontecimientos son, en primer lugar, uno de carácter tecnológico, la construcción de la realidad virtual; y otro, de carácter ideológico, aunque se manifieste primero como acontecimiento político: la caída del Muro de Berlín.

Cuando se habla de la «aldea global» se alude a un efecto del progreso tecnológico: a la interrelación del mundo a través de las comunicaciones y las telecomunicaciones. Esa integración a través de la tecnología facilita la interdependencia comercial, las relaciones de intercambio mercantil en todo el mundo. A lo primero se llama «aldea global», a lo segundo se llama «globalización», que algunos asocian al «pensamiento único» como ya he dicho antes. Es evidente que una cosa está tan relacionada con la otra que podemos aludir a ambas hablando de «aldea global» o de «globalización» indistintamente. Sin embargo, el matiz diferencial tiene importancia.

Cuando se habla de «pensamiento único» se alude a un modo de pensar que tiene en cuenta el segundo proceso más que el primero: el de que, a través de la expansión del libre cambio favorecida por la revolución tecnológica de las comunicaciones, el mundo se haya integrado en una sola red de comercio. Es así como el mundo se convierte en un mercado global. De quienes aseguran que, para progresar económica y tecnológicamente, es ineludible participar en ese mercado y bajo las condiciones de la libertad de mercado, se dice que fomentan un «pensamiento único», que sirven a los intereses de las grandes compañías multinacionales porque ponen el mercado por encima de la capacidad de los políticos para regularlo y someterlo a condiciones políticas. Según estos oponentes del pensamiento único, el mercado global debe estar supeditado a la política, y no al revés. A su juicio, quienes afirman que no se puede progresar si no es aceptando esa globalización, se trata de imponer al mercado por encima de la política. Hay una especie de lamento, que pretende ser a la vez una crítica de intereses muy poderosos, porque el mercado y las reglas de la economía no queden supeditados a los fines y condicionamientos de la actividad política. Los movimientos «antiglobalización» se oponen a que se implante un mercado mundial porque eso conduce, según ellos, a instaurar el mercado por encima de la política, que es lo que favorece los intereses de las grandes multinacionales.

A mi modo de ver, quienes piensan así no tienen en cuenta la segunda parte del proceso ni comprenden con claridad qué es el mercado libre. La intervención política del mercado atrofia los beneficios que pueden derivarse de la productividad, la iniciativa

empresarial y la competencia sin añadir ventaja alguna. Pero el que no haya intervención política no quita que el mercado deba estar sometido a una regulación ética, que es algo diferente. Por lo demás, el problema es que pretender supeditar el mercado a condiciones políticas es inútil porque la tecnología hoy permite saltar por encima de las limitaciones que puedan poner los políticos al mercado. El problema es que el mercado sí es global gracias a la tecnología de las comunicaciones, y la política no lo es como consecuencia de que la máxima autoridad política y las posibilidades de condicionamiento del tráfico mercantil son autoridades estatales, es decir, la política está limitada y constreñida por las fronteras de las naciones-Estado, mientras que el mercado no lo está. Si hubiera una autoridad política mundial, global, la ONU, por ejemplo, con facultades efectivas de carácter coactivo e interventor, cabría aceptar ese punto de vista, pues a una globalización mercantil y tecnológica correspondería una unificación de la política. Pero, aun suponiendo, cosa que yo no creo, que esa subordinación del mercado global a una política global fuera más eficaz, productiva y beneficiosa que la no intervención política del mercado libre, eso sería fomentar un mundo aún más globalizado y unificado que el actual, al que, paradójicamente, los anti-globalizadores reprochan por ser unificador y global.

Empecemos con lo primero. La tecnología informática y la aparición de Internet renueva, modifica y vivifica prácticamente todas las relaciones de comunicación y, en consecuencia, todas las relaciones sociales. La realidad virtual es un espacio virtual unificado a través del cual no hay fronteras de espacio. Es un espacio global y único que, paradójicamente, los antiglobalizadores utilizan para protestar contra esa globalización mercantil a la que, a través del uso del espacio virtual único, contribuyen, indirecta o directamente, a consolidar. Luego veremos por qué este detalle no es anecdótico.

La revolución comunicativa ya se inicia cuando aparece la televisión como fenómeno comunicativo; progresa después cuando empieza a pergeñarse todo el mundo de la informática, y llega a culminar su actual expansión, abriéndose a nuevas perspectivas cuyos albores estamos ahora todavía paladeando y cuyas consecuencias son muy difíciles de predecir y de saber, con el fenómeno de Internet.

Por un lado, tenemos, por tanto, un acontecimiento de carácter tecnológico que modifica prácticamente las circunstancias de la relación entre los hombres, que introduce algunas condiciones cuya trascendencia, aun siendo tan considerable, es difícil de captar porque nos desborda, como, por ejemplo, la renovación del lenguaje, la necesidad casi inevitable de tener que ir asimilando un nuevo tipo de tecnología que a la vez requiere un instrumento comunicativo diferente cuyo uso exige una especie de segundo proceso de alfabetización ligado a la disponibilidad del instrumento tecnológico. Y ahora me refiero al detalle que antes comenté de que quienes se oponen a la globalización necesitan, para oponerse, utilizar la tecnología que impulsa la globalización: necesitan que el espacio virtual sea un espacio único, global, donde comunicarse. Se oponen a aquello que necesitan para poder oponerse.

Me parece que la expresión de aldea global tiene bastante que ver con todo esto, incluso diría que en su origen estaba inspirado en la intuición de estos movimientos, de estos cambios que se iban a dar. Esa idea de aldea global derivada de la tecnología comunicativa aparece inicialmente en la reflexión de McLuhan, el primer comunicador, pensador y filósofo que trata la cuestión, cuya obra *La novia mecánica* fue publicada ahora hace cuatro decenios. Ahí se encuentra por vez primera, más que una intuición, una reflexión profunda, intensa, acerca de lo que iba a suponer este cambio tecnológico y una anticipación de lo que realmente este cambio nos traería.

Así que, en primer lugar, yo creo que la expresión «aldea global» tiene esa dimensión tecnológica y comunicativa según la cual las fronteras políticas nacionales quedan desbordadas por las posibilidades tecnológicas de las telecomunicaciones, las cuales no solo están a disposición de los movimientos antiglobalización, sino también de las transferencias de capitales y las operaciones bursátiles para las que son inútiles las fronteras políticas.

La nueva tecnología de Internet posibilita los intercambios simultáneos por encima del tiempo, por encima de la distancia, de las diferencias culturales específicas y de las fronteras nacionales y políticas, contribuyendo imparablemente a la mundialización. Algunos pensadores de después de la Segunda Guerra Mundial, como Heidegger y Dubarle, ya atisbaban este fenómeno que tiene como consecuencia sociológica el que ya no sea aplicable esa dis-

tinción que los sociólogos hacían al oponer las relaciones cara a cara a las relaciones a distancia, las relaciones personales a las anónimas, porque, ahora, gracias al espacio virtual que es accesible a cada persona, las relaciones personales en ese espacio son tan cara a cara como las que se dan en el espacio físico, es decir, la proximidad física ya no es condición de la relación interpersonal. A través de la red se dan relaciones complejas simultáneas y de carácter tan personal e íntimas como puedan serlo las relaciones cara a cara. De modo que eso modifica de una manera muy concreta el panorama de la socialización, ya que puede hacerse a distancia, y contribuye a que esa relación a distancia sea a la vez una comunicación interpersonal sin limitaciones ni barreras espaciales. Y si hoy tiene todavía algunas limitaciones es muy probable que con el tiempo no las tenga.

¿Esto es una amenaza? ¿Esto es un fantasma como sugería Antonio Fontán al presentar el tema? En primer lugar es, evidentemente, una realidad. Pero, efectivamente, esa realidad puede esconder amenazas y alojar fantasmas.

Luego haré alguna referencia a ellas. Antes volveré a comentar lo que me parece que es el segundo acontecimiento realmente importante de la situación que ahora estamos viviendo y que puede explicar, o por lo menos a mí me lo parece así, parte de la desazón, del desconcierto en que el mundo occidental se ha sumergido a partir de la intensificación de un continuado proceso de secularización al cual ha aludido esta mañana el profesor Llano.

Ese acontecimiento me parece que es la caída del Muro de Berlín, el desmoronamiento, para muchos imprevisible pero no sé hasta qué punto se puede decir que imprevisible, de toda una actitud que tiene un arraigo, unos precedentes, una historia intelectual, una historia cultural, una historia filosófica, un discurso ideológico que proponía como fin principal la subordinación de los procesos económicos de producción a la intervención política del Estado. Es eso, exactamente, lo que se desmorona cuando cae el Muro. Y no debe extrañar, entonces, que los nostálgicos de aquel mundo caído pretendan que el mercado sea responsable de los problemas que padece gran parte del mundo no desarrollado y que se opongan a la expansión del mercado libre como institución global. A mi entender, la causa del infradesarrollo no es el mercado sino la incapacidad para producir eficientemente una

tecnología eficiente, principalmente la teletecnología. Pero la producción eficiente de la tecnología requiere, al menos, tres condiciones que no se dan en los países no desarrollados: unas instituciones sociales fiables y unas instituciones políticas no intervencionistas ni corruptas; una sociedad de profesionales y trabajadores capaz de comprender el sentido de la productividad, la eficacia y la competencia; una educación orientada a hacer posible las otras dos condiciones anteriormente expuestas, capaz de llegar a comprender la importancia de vivir de acuerdo a reglas de juego o jurídicas estables y no supeditadas a la arbitrariedad política.

Pero hablaré también de los fantasmas. Parafraseando una expresión que tuvo fortuna al aplicarse al régimen anterior, aquello de que contra el franquismo vivíamos mejor, también podría decirse que contra el comunismo, en alguna medida, vivíamos mejor.

En un sentido, quiero que se interprete esta expresión, en el sentido de que el mundo occidental tenía algún fin, alguna motivación, no solo estratégica y táctica de aumentar la producción, sino también de carácter ideológico hacia la cual verter sus esfuerzos intelectuales y su afán de construcción de conocimientos, algo a lo cual se nos ha hecho referencia esta mañana en la sugerente intervención del profesor Alejandro Llano.

Con la caída del Muro de Berlín se produce también el derrumbamiento de todo un mundo de confrontación ideológica que prácticamente había permanecido durante casi siglo y medio o dos siglos de debate, una pugna entre concepciones del mundo rivales. Eso ha tenido, naturalmente, consecuencias profundas, consecuencias que son en muchos aspectos amenazas y que, en otros aspectos también, tienen un cierto aspecto fantasmal.

De hecho, ¿qué es lo que ha sustituido a esa confrontación y a todo ese planteamiento? Pues yo creo, con Bloom, que este derrumbamiento ha venido a dejar un vacío moral, porque en cierto modo lo que el muro de Berlín significaba, una concepción erosiva de la moral y de las tradiciones, ha vencido a pesar de que el Muro ha caído. El mundo occidental, y ahí se engloban las dos zonas separadas por el Muro, coincidió, en parte como consecuencia del radicalismo crítico ilustrado empecinado en destruir la conciencia moral, en subordinar la moral social bien a los procesos de la economía (a este lado del muro), bien a los de la política (al otro lado). Se enfrentaron dos concepciones rivales de

la relación entre economía y política, el individualismo o el colectivismo, pero coincidieron en considerar la moral social como un asunto o bien privado (a este lado) o como una excrecencia de las relaciones económicas dominantes que había que destruir (al otro). El resultado, al caer el Muro, ha sido que Occidente se halla inmerso en una especie de nihilismo o de relativismo, no hay una conciencia moral homogénea y digna sino un marginamiento en el espacio público de la moralidad o un repliegue de la conciencia moral al mundo privado. Signo de este vacío es que de repente comiencen a aparecer problemas que prácticamente se consideraban superados, problemas como esta efervescencia, esta excitación del fanatismo nacionalista y localista, de las identidades culturales, de los integristas de una religiosidad dogmática y, en suma, de una resistencia cultural, religiosa, nacionalista e ideológica a lo que significa y exige la globalización, a esa universalización que, por otro lado, los medios de comunicación y la renovación tecnológica permiten y facilitan.

Como consecuencia de estos dos fenómenos, al menos es como yo lo veo, el mundo occidental se ha quedado, en cierto modo, vacío y únicamente agarrado tal vez a eso que algunos denominan pensamiento único. Si la expresión tiene sentido, es porque ese mundo del progreso y del mercado tiene, espiritualmente hablando, poco que aportar, como no sea la cultura empobrecida y masificada de las audiencias televisivas y de la idolatría del consumismo, de las pasarelas y de los productos musicales y cinematográficos. Realmente conviene también reflexionar sobre ello para desbrozar en qué aspectos la denuncia o la crítica a la globalización tiene sentido y en qué aspectos deja de tenerlo.

Terminaré: ¿qué se suele entender cuando se habla de «pensamiento único» y de «globalización»? Dos cosas distintas y dispares, pero coincidentes y entreveradas. En primer lugar, se tiende a designar que el mercado o las relaciones de carácter mercantil, la libre iniciativa empresarial, la eficacia a través de la instrumentación tecnológica y de los medios de comunicación, la capacidad de reasignar y de establecer esos contactos comunicativos simultáneos, debería quedar supeditada a la intervención política para que, a través de ella, se pueda cooperar a que el mundo del Sur aminore la distancia económica que lo separa del Norte. Eso, a mi entender, además de inútil, porque la acción política no está

globalizada y es impotente para abarcar un fenómeno que la desborda, sería regresivo, ya que no solo no se conseguiría el fin que los intervencionistas antiglobalizadores se proponen alcanzar, sino que perjudicaría a la capacidad productiva del mundo. Sería una regresión.

En el mercado global la actividad emprendedora tiene una manifestación ambivalente porque, por un lado, es productiva, pero, por otro, fomenta la globalización de una industria cultural de valores uniformes y nihilistas. Es lo que Juan Pablo II en la *Centessimus Annus* denominó «cultura del capitalismo» tardío. Lo paradójico es que quienes se quejan de esa masificación cultural son los herederos de los causantes de que ese nihilismo cultural haya podido extenderse, pues fueron los autores de la demolición mediante la crítica de los valores normativos de las tradiciones religiosas y morales en Occidente.

A mí me parece que esta es una cuestión que conviene estudiar y sobre la que reflexionar más a fondo porque, evidentemente, y me parece que en lo que hemos oído esta mañana podría fundarse esa interpretación, si se entiende el mercado únicamente como una superestructura, y no como el producto de relaciones interpersonales, nos quedamos con que el instrumento se convierte en fin y entonces esta sociedad mercantilizada, materializada y prácticamente nihilizada, no tendría nada que ofrecer, además de la opulencia consumista y la competitividad. Los mundos culturales que conservan sus tradiciones morales puede que estén tecnológica y económicamente en situación de inferioridad, pero tienen, en cambio, convicciones, un mundo interior que expresar y que mantener, y eso es lo que les da fuerza frente al mercado global, una fuerza mal orientada, porque los incapacita para alcanzar ese desarrollo que en el fondo pretenden y el bienestar que implica, ya que esa tarea les obligaría a modificar parte de sus supuestos y tradiciones morales.

Por otro lado, aun aceptando la crítica a esa corriente de nihilismo moral y cultural, entiendo que el mercado no es una superestructura como se nos ha dicho esta mañana. No lo es si por ello hay que entender algo así como una especie de mecanismo frío y sin alma que domina a los ciudadanos que concurren en él. La expresión «mercado», sea único o no lo sea, es un modo de aludir a una de las formas en que puede diferenciarse la rela-

ción social entre personas, una dimensión específica de la interacción humana, una institución que integra los procesos de división del trabajo al facilitar, mediante el intercambio de utilidades, que cada uno se beneficie de lo que sabe hacer ofreciéndolo a otro a cambio de lo que él sabe hacer, de modo que ambos se ayuden a través del intercambio; premia de este modo la capacidad de iniciativa y castiga la ineficacia, la abulia y el desinterés. Es, en fin, una manifestación inherente a la propia libertad de proponerse fines y de aplicar planes.

En ese sentido, todo eso que algunos califican como pensamiento único, expresión que usan para resistirse torpemente a admitir la idea de que no hay alternativa productiva a la interacción social en un mercado libre, porque la única alternativa posible sería la intervención política del mercado, puede considerarse como una institución al servicio de una finalidad: en efecto, para que haya un mercado mundial es necesario que se conciba a todos los hombres como agentes libres, es decir, como ciudadanos a los que corresponde una capacidad de iniciativa y de interrelación que no podría realizarse si no estuvieran provistos de iguales deberes e iguales derechos fundamentales. Los deberes están determinados por la consideración del otro como un sujeto de derechos tan digno de ser respetado como él. Todo lo que entrañe que el otro no sea concebido ni tratado como un sujeto de dignidad inviolable en lo fundamental significa una merma en las posibilidades de optimización del mercado. Así pues, para que haya un auténtico mercado global es preciso que se reconozca a los demás lo que se requiere para que haya relación entre sujetos sociales autónomos provistos de derechos fundamentales equivalentes: el reconocimiento de la libertad y de la dignidad de la persona que participa del intercambio. En suma, no hay un mercado libre global digno de ese nombre sin una regulación ética que no se funde en un concepto universal de los derechos y las obligaciones, sin un reconocimiento de la autonomía moral de la persona, sin aceptar que si el otro tiene iniciativa comercial es porque se le reconoce la capacidad de asumir las responsabilidades de los propios actos, y «el otro» son todos cuantos por ser personas intervienen en la institución. El problema del nihilismo moral procede de que, aunque reconozca la condición del otro como sujeto de derechos fundamentales, no reconoce que la dignidad de la persona requiere

también el cumplimiento de obligaciones morales. El nihilismo no produce un ambiente social que condicione a la persona un tipo de comportamiento que esté a la altura de la dignidad moral del hombre.

Justamente eso es lo que está implícito como logro y como carencia en la globalización del mundo como aldea común en la que puedan participar todos los hombres. Y eso es lo que no es posible alcanzar precisamente porque no hay unidad de pensamiento sobre lo esencial, un reconocimiento universal de la dignidad del hombre que lleve a asumir los derechos humanos de cada uno y una conducta moral de la que se desprenda un ambiente cultural que esté a la altura de lo que un mercado requiere para que sea, además de una institución económica eficiente, una institución que esté a la altura de la dignidad humana. La cultura nihilista que el mercado promueve, porque previamente la sociedad se ha nihilizado, es, desde un punto de vista que tratara de institucionalizar la dignidad, insuficientemente digna.

Pero también es difícil que los pueblos no desarrollados sumen a la globalización, que es el único modo de superar sus desventajas. Lo es a causa de que las diversidades culturales ponen, por encima del reconocimiento de lo universalmente humano, que es la dignidad de ser hombre capaz de relacionarse con los demás, los aspectos restrictivos de la identidad particular, lingüística, nacionalista, étnica, religiosa o cultural. El etnocentrismo de los grupos o sus particularidades prevalecen sobre este concepto de dignidad humana en el cual todos hemos de converger.

Me parece que este peligro se expresa en la floración de los aldeanismos de carácter local, en la fuerza de los integrismos, en el radicalismo fanático y, en Europa, en el rebrote de los nacionalismos identitarios en los cuales hay una especie de vuelta atrás a causa de la incapacidad del mundo que promueve la globalización para ofrecer como signo de identidad global algo más que el nihilismo consumista de sus eficaces procesos productivos. Hacer compatible esa fuerza exterior, ese empuje dinámico, con la expresión de catolicidad, de energía moral que se exige para reconocer en el otro la grandeza de lo humano, es el principal fin de esa globalización que podría tender a la universalidad si sus productos de consumo estuvieran a la altura de la dignidad de la persona.

Muchas gracias.